



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

ESPEJOS

por **ILIA CASTRO**

ESPEJOS

Se había encontrado en París. Catapultada. Había elegido sin querer, amando. Su corazón le susurraba "la vida sin amor no vale la pena". Tantas lágrimas le había arrancado el hombre que la dejó... En medio de la penumbra, negra arena movediza, una tarde, conoció a ese ángel, príncipe de ojos grandes. Esa noche, su carne dejó de ser de cuero.

Con los pies en la primavera, caminaron, brotaron, escalaron cimas desconocidas y juntos bailaron, se amaron, tierra, agua. La savia circulaba en su cuerpo como nunca. Ese verano, tiró las chancletas y corrió, tiró las chancletas y se llenó de todo el sol de la tierra. El otoño llegó. Juntos lo pasaron y los años juntos a ellos. Se amaron, torpemente, a veces lastimándose mucho, otras, con cristalina delicadeza.

Se iban a Francia, la tierra del príncipe de ojos grandes. Ese amor que le arrancaba el corazón la llevaba a dejar la tierra que le había abierto los brazos, la tierra en que las constelaciones se habían alineado para acogerla entera: la tierra de su exilio. Y ahora se iba, ya estaba ida del otro lado del océano, desgarrada entre su amado carnal y su tierra amada.

Llegaron a París. Violencia. Soledad. Enorme. Hasta en ella misma. Vértigo. Vacío. Esa ciudad le hacía acordar tanto a la suya, esa que había querido dejar y había dejado y ahora se encontraba casi como en casa pero ajena y sin aliento y con las raíces al aire. Entonces buscaba eco en sus amigos, los de su tierra natal aquellos arraigados allá en el sur del sur, pero, apenas decía París, soñaban, apenas evocaba París se volvían locos, París, París, París, su pena no se oía, soñaban, solos. Harta estaba de París: Lutecia, la ciudad de la luces... divagaba su padre. A París? lloraba su hermana; bajo el ensueño de sus amigos oía el acordeón, "sous le ponts de Paris"; veía imágenes de su film favorito "Les amants du Pont Neuf" y trataba de convencerse de que iba a vivir a la tierra de Breton, caminar por el Boulevard St-Germain y... nada la convencía. Ella ya había encontrado su Par ... aiso, y sin embargo, lo dejaba, por amor, por amor; por amor? Y ella qué dejaba de ella al irse?

Aterrizaron en un departamentito chiquitísimo, como un granito de arroz. Ahí, todo había que hacerlo de perfil, entrar de perfil, desplazarse de perfil, subir a la cama de patas altas con la cabeza gacha, deslizarse como un lagarto y dormir pegado al techo; sin sobresaltos, por supuesto. Ninguna soltura. Nada podía hacerse de frente. Ni entrar era fácil. La puerta no tenía manija y la cerradura no andaba bien, entonces durante unos cuantos minutos había que tironear y tironear hasta encontrarle la vuelta; los nervios alterados. Lograda esa etapa, como la puerta no se abría del todo porque detrás estaba instalado el tablero eléctrico y del otro lado había una pared cubriendo el baño inventado, entraban estranguladitos. De ese modo, fueron instalándose, así fueron viviendo.

La ventana del cuarto daba al muro del edificio de enfrente. Horas y horas se las pasaba mirando con la vista perdida, extrañando su Paraíso perdido allá en el norte del norte de América: aquellos Apalaches que veía desde su casa a lo lejos, el relincho de los caballos, el aroma del bosque de arces, el crujido de sus hojas, la dulzura de la gente...

Imaginó cómo podía pintar ese paisaje en un mural, sí, como aquel sol que la hacía sonreír, ese que no entraba y había dibujado y colgado en su primer departamentito cuando dejó la casa de sus padres.

En París, cuando el sol se dignaba salir, en el "granito de arroz", sólo entraba un rayo. Esquivaba el muro de enfrente por la izquierda, edificios del más allá por la derecha y a eso de las once de la mañana, aparecía oblicuo sólo una horita. Pegaba en la pared del baño y ella en un puf se sentaba entregada en el flanco de la puerta. A veces, inclinaba su cara ojos cerrados hacia el sol, sintiendo su calidez, dejándose penetrar por su luz. Grandioso. Germinaba...

Un día, quiso prolongar ese sol ya ido. Entonces empezó a imaginar una composición de espejos para captar EL rayo de sol y reflejarlo infinitamente de pared en pared por todo el departamento. Así fue como, de espejo en espejo, tuvo la brillante idea de instalar uno más para agrandar el espacio. Lo imaginó en la única pared apta para recibirlo y salió de caza, con el espejo en la mira.

Al poco tiempo lo encontraron en un mercado de antigüedades. En realidad era la puerta de un gran armario que tenía un buen espejo, lo compraron. Al llegar, felices lo ubicaron en LA pared, esa entre las dos ventanas, entre el baño y el dormitorio o sea, en el comedor frente a la mesa. Efectivamente, esa puerta espejo agrandaba el espacio; esa puerta espejo daba la impresión de tener un cuarto más, esa puerta espejo invitaba a un más allá. A la larga le molestó que ese nuevo cuarto nunca estuviese vacío, siempre estaba su otro yo. Así el espacio

no se agrandaba, se complicaba. Al principio, lo eludía a ese otro yo. Una vez, lo miró bien de frente. Mucho no le gustó; ni al yo, ni al otro yo. Al yo, esa presencia lo irritaba porque ocupaba el espacio que se había creado, al otro yo le ofendió que lo miraran con cara de reproche; después de todo, a él lo habían traído sin que pidiera nada. Pronto sucedió que, cuando se cruzaban, ella ni lo miraba. Al final, aprendió a vivir ignorándolo, ignorando a su otro yo.

Un día, salió de la ducha como cuando llegó al mundo. Sí, porque hay que reconocer que el "granito de arroz" tenía algunos puntos positivos. Le había encontrado tres: era silencioso, cálido y luminoso a pesar del muro que tenía enfrente y, cuarto punto positivo, ese muro les permitía pasar desnudos de la ducha al dormitorio. Esa vez, como de costumbre, salió del baño desnudita. Pasó al lado del espejo y dos pasos después, se detuvo en seco. Había percibido un cambio. Quiso retroceder, no se animó. Se quedó ahí, dura. Revisó en su mente la imagen percibida. Decidió retroceder y verificar. Lentamente, giró la cabeza para observar-se y vio. Vio sus pechitos, los miró. Los vio distintos o... siempre habían sido así? En su mente, los años retrocedieron a una velocidad infernal, pasaban imágenes e imágenes frente a la muerte. A la muerte de sus pimpollos. Sus pechitos, caídos, marchitos. De frente al espejo, se los tocó, los acomodó, los ubicó en su lugar y al soltarlos, cayeron. No lo podía creer! Inmediatamente, vio los pechos de su madre, caídos desde siempre. Pero los suyos, imposible. Siempre se había dicho que ella no tenía, que no tenía nada...Volvía a mirarse al espejo, de perfil, de frente. Hacía tanto tiempo que no se había mirado de verdad que no vio venir la vejez ni por la rendija de la vida.

Empezó a observarse, a vigilarse. Lo primero que observó fueron sus brazos, deformados. Se los cubrió con mangas largas. Un tiempo después, notó su cuello arrugado, metamorfoseado en cuello de serpiente o de tortuga, según el día. Usó pañuelos más seguido que de costumbre. Cuando le llegó el turno a las piernas y las cubrió también, con polleras largas, túnicas encima de los pantalones... un día se encontró frente al espejo con una musulmana, no se reconoció, entonces se miró a los ojos y pensó:

Espejito, espejito?

Sólo sus lágrimas respondieron, lágrimas que ni siquiera por ser saladas podrían conservarla! Se arrancó toda la ropa y frente al espejo, despojada, se miró, se preguntó: Qué hago con esto?

Esto era su cuerpo.

Se calzó las botas y al espejo le dio una patada que lo hizo trizas. En mil pedazos se rompió. Y desparramadas vio su cabeza por un lado, su boca por el otro, una pierna por aquí, sus nalgas por allá, un pechito por allí, un brazo más allá...

En silencio contempló. Su ser hecho pedazos, o pedazos de su ser. Con la punta del pie empezó a mirarlos, desplazarlos, uno por uno. Repasando fragmentos recorrió sus países aleatoriamente, vio sus historias, amores y desamores, ríos y paisajes, hermandades coloridas de aquí, de allí, de allá, recuerdos vivos, proyecciones futuras. Fue acomodándolos a su manera. Caleidoscopio. Una vez más se reinventaba.

Un rayo de sol entró oblicuo por la ventana y al pegar en el piso, centellearon miles de chispas, infinitamente.

© ILIA CASTRO

iliacastro@hotmail.com